

Era Ixtlilxochitl jóven de cerca de veintitres años. Desde la primera entrada de Cortés en Tlaxcala, se había declarado abiertamente en su favor, se le había ofrecido con su ejército y convidádolo á hacer su viaje á México por Otompan, donde á la sazón se hallaba; pero en despecho de su buena voluntad y de sus obsequios, fué prisionero de los españoles cuando éstos salieron derrotados de México, y detenido en Tlaxcala hasta el suceso de que voy hablando. Todas estas circunstancias me hacen creer que su cautiverio no fué mas que una decorosa privación de su libertad, dorada con alguno de aquellos pretextos que suele inventar la política de los hombres, cuando los guía la desconfianza ó el deseo de la propia seguridad. Con la larga práctica de los españoles, se acostumbró á sus usos y modales. Fué instruido en la religión cristiana, y tomó en el bautismo el nombre de D. Fernando Cortés Ixtlilxochitl, por respeto al general español que fué su padrino. No gozó sino de la apariencia de la majestad; pues más que señor de sus súbditos, fué ministro de la voluntad de los españoles, á quienes hizo grandes servicios, no solo en la conquista de México, en que sirvió con su persona y con sus tropas, sino en la reedificación de aquella capital, para la cual suministró millares de arquitectos, albañiles y operarios. Murió todavía jóven en 1523, y le sucedió en el señorío de Texcoco su hermano D. Carlos, de quien haré honrosa mención despues. Con la exaltacion de Ixtlilxochitl, y con los obsequios que Cortés le hacia, se aumentó considerablemente el partido de los españoles, y todas las familias texcocanas que se habian ausentado de la corte, por miedo de sus hostilidades, volvieron seguras y alegres á sus casas.

Cortés había resuelto fijar su cuartel general en Texcoco, por lo que dispuso fortificar el palacio que servia de alojamiento á sus tropas. No podia abrazar un partido más conducente á sus miras. Texcoco, como capital del reino de Acolhuacan y ciudad tan grande y populosa, abundaba en toda clase de víveres para el mantenimiento de sus tropas: tenia buenos edificios para su habitacion, buenas fortificaciones para su defensa y gran número de artifices de toda clase para los trabajos de que podría necesitar el ejército. Los dominios de aquel Estado confinaban con los de Tlaxcala, y de este modo estaban seguras las comunicaciones con la república: la proximidad del lago era de suma importancia para la conduccion de los bergantines, y la ventajosa situacion de la ciudad proporcionaba á los españoles la noticia de todos los movimientos de sus enemigos, sin exponerse á sus hostilidades.

#### EXPEDICION PELIGROSA CONTRA IZTAPALAPAN.

Despues de haber arreglado los negocios de Texcoco, resolvió Cortés atacar la ciudad de Iztapalapan, para vengar en ella y en sus ciudadanos las ofensas que había recibido de su señor Cuitlahuatzin, á quien atribuía la causa de las desgracias de la noche memorable de la retirada. Dejó en Texcoco una guarnicion de más de trescientos españoles y muchos aliados, al mando de Sandoval, y él marchó con más de doscientos de los suyos, más de tres mil Tlaxcaltecas y muchos nobles de Texcoco. Antes de llegar á Iztapalapan salieron á su encuentro algunas tropas, las cuales, fingiendo oponerse á su entrada, y peleando parte en tierra, parte en agua, se iban retirando hácia el pueblo, como si no pudieran resistir á los invasores. Empeñados españoles y Tlaxcaltecas en alcanzarlos, entraron en la ciudad, cuyas calles hallaron en gran parte desier-

tas, pues los ciudadanos se habian retirado con sus mujeres é hijos y la mayor parte de sus bienes, á unas casas que tenían en las islas del lago; pero aun allí fueron perseguidos por sus enemigos, que peleaban igualmente por agua y tierra. Era ya muy entrada la noche cuando los españoles, alegres por la victoria que creían haber conseguido, se ocupaban en saquear las casas y los Tlaxcaltecas en pegarles fuego, cuando en pocos instantes se convirtió su júbilo en espanto, pues á la luz del incendio observaron que salia el agua de los canales y empezaba á cundir en la ciudad. Conocido el peligro, se dió el toque de retirada y se abandonó precipitadamente el pueblo, tomando el camino de Texcoco; mas á pesar de la diligencia de las tropas, llegaron á un punto donde se habian acumulado de tal modo las aguas, que los españoles pasaron con gran trabajo: de los Tlaxcaltecas se ahogaron algunos, y se perdió la mayor parte del botin. No hubiera quedado uno solo vivo si se hubieran detenido tres horas en la ciudad, como el mismo Cortés asegura, porque los ciudadanos, queriendo deshacerse de aquel modo de sus enemigos, rompieron los diques del lago y anegaron la ciudad. Al día siguiente continuaron su marcha por las orillas del lago, continuamente perseguidos é insultados por los enemigos. Esta expedicion disgustó mucho á los españoles; pero aunque perdieron los despojos y muchos fueron heridos, solo murieron dos de ellos y un caballo. La pérdida de los de Iztapalapan fué mucho más considerable; pues además del menoscabo que sus casas sufrieron, quedaron, segun Cortés, más de seis mil muertos.

#### CONFEDERACION DE OTOMPAN Y DE OTRAS CIUDADES CON LOS ESPAÑOLES.

La pesadumbre que produjo á Cortés aquel suceso, fué muy en breve compensada por la satisfaccion de recibir la sumision que le enviaron, por medio de sus embajadores, las ciudades de Mizquic, Otompan y otras de aquellos contornos, alegando, para obtener su gracia, que habiéndolos excitado los mexicanos á tomar las armas en su favor, ellos no habian querido jamás ceder á sus deseos. Cortés, cuya autoridad se extendia tan rápidamente como se aumentaba su partido, les exigió, como condicion necesaria para conseguir su alianza, que se apoderasen de cuantos mensajeros les fuesen enviados de México y de cuantos Mexicanos llegasen á su ciudad. Ellos lo prometieron así, aunque no sin grandes dificultades, y desde entónces fueron constantemente aliados fieles de los españoles.

A esta confederacion siguió muy en breve la de Chalco, ciudad y Estado considerable de la orilla oriental del lago dulce. Sabiendo Cortés que sus habitantes deseaban unirse á su partido, pero no osaban declararse por miedo de las guarniciones mexicanas que estaban en sus plazas, les envió á Sandoval con veinte caballos, doscientos peones españoles y un buen número de aliados, dándole orden de acompañar á unos Tlaxcaltecas que deseaban llevar á su patria la parte que habian salvado del botin de Iztapalapan, y volver sobre Chalco para arrojar á los Mexicanos. Dió Sandoval la vanguardia á los Tlaxcaltecas: algunas tropas enemigas que se habian puesto en acecho, los atacaron de improviso, los desordenaron, les mataron mucha gente y les quitaron el botin; pero sobrevinieron los españoles y vengaron aquel triunfo, derrotando á los Mexicanos y quitándoles los despojos. Los Tlaxcaltecas continuaron sin peligro su viaje, y Sandoval marchó á Chalco; pero ántes de llegar á la ciudad, salió al encuentro la guarnicion mexicana, compuesta, segun algunos autores, de

doce mil combatientes. Se dió la batalla, que duró dos horas, y terminó con la muerte de muchos enemigos y con la fuga de los otros. Los Chalqueses, noticiosos de la victoria, salieron con gran júbilo á recibir á los españoles y los acompañaron triunfantes á la ciudad.<sup>1</sup> El señor de aquel Estado, que había muerto de viruelas pocos días ántes, había recomendado eficazmente, en los últimos momentos de su vida, á los dos hijos que dejaba, que se confederasen con los españoles, que cultivasen su amistad y que tuviesen á Cortés por padre. Por respeto á su última voluntad, pasaron aquellos dos jóvenes á Texcoco, acompañados del ejército español y de muchos nobles Chalqueses; presentaron á Cortés una suma considerable de oro y establecieron la alianza, en que se mantuvieron constantemente fieles. La causa de rebelarse tan fácilmente aquellos pueblos contra el imperio, era, en unos, el miedo de las armas españolas y del poder de sus aliados, y en otros el odio de la dominacion mexicana. No es posible que sea constante la fidelidad de los pueblos, cuando en la subordinacion influye más el terror que la beneficencia, ni hay trono más vacilante que el que se sostiene más bien en la fuerza de las armas que en el amor de los pueblos. Cortés, despues de haber obsequiado á los dos príncipes, dividió entre ellos el Estado, ó porque así lo pidieron ellos mismos, ó porque le sugirieron este plan los nobles. Dió al mayor la investidura de la ciudad principal, con otros pueblos, y al menor la de Tlalmanalco, Chimalhuacan, Ayotzinco y otros.

No cesaban entre tanto los Mexicanos de hacer correrías en los Estados que se habian unido con los españoles; pero la diligencia de Cortés en enviar socorros á donde eran necesarios, inutilizaba completamente sus esfuerzos. Entre otros, vinieron los Chalqueses á Texcoco á pedir socorro á los españoles, pues habian sabido que los Mexicanos se apercebían á darles un golpe en castigo de su rebelion. No pudo condescender el general español con sus deseos, pues habiéndose concluido el corte de la madera que debía servir en los bergantines, necesitaba de toda su gente para trasportarla con seguridad de Tlaxcala á Texcoco; pero les aconsejó que se confederasen con los Huexotzingos, con los Cholultecas y con los Cuauhquecholeses. Ellos rehusaron este partido por la enemistad que siempre habian tenido con aquellos pueblos; pero al fin lo aceptaron movidos por las instancias de Cortés y obligados por la necesidad. Apenas se habian despedido los Chalqueses, cuando llegaron oportunamente á Texcoco tres mensajeros de Huexotzinco y de Cuauhquechollan, enviados por aquellos señores á Cortés para darle parte de su inquietud, de resultas de unas humaredas que sus centinelas habian descubierto desde las cimas de los montes, y que eran indicios manifiestos de próximas hostilidades: al mismo tiempo le ofrecían sus tropas, que estaban apercebidas á ponerse bajo sus órdenes cuando necesitase de ellas. Aprovechóse Cortés de tan favorable ocasion para confederar aquellos Estados con el de Chalco, obligándolos á renunciar, por el bien comun, á sus particulares resentimientos. Fué tan sólida aquella alianza, que desde entónces se ayudaron mutuamente sus miembros contra los Mexicanos.

<sup>1</sup> Solís, en la relacion de este suceso, incurre en dos errores geográficos. 1.º Supone que Chalco estaba contigua á Otompan, no sabiendo que entre ellas estaban la corte de Texcoco y otras ciudades importantes de Acolhuacan. 2.º Dice que los Estados de Chalco y de Tlaxcala eran confinantes, cuando habia entre ellos un bosque vastísimo y una parte de los dominios de Huexotzinco, y por otro lado mediaban los distritos más poblados de Acolhuacan.

#### TRASPORTE DE LOS MATERIALES PARA LOS BERGANTINES.

Siendo ya tiempo de llevar á Texcoco el maderaje, las velas, la jarcia y la clavazon de los bergantines, dió Cortés esta comision á Sandoval, con doscientos infantes españoles y quince caballos, encargándole que fuese ántes á Zoltepec á castigar rigurosamente á sus habitantes, por la muerte de los cuarenta y cinco soldados españoles y trescientos tlaxcaltecas, de que ya he hablado. Los Zoltepequeses, cuando vieron acercarse la borrasca, abandonaron sus casas para salvar la vida con la fuga; pero habiéndolos alcanzado los españoles, muchos de ellos fueron pasados á cuchillo y otros hechos esclavos. De allí marchó Sandoval á Tlaxcala, donde halló todo dispuesto para la conduccion de los materiales. El primer bergantin fué construido por Martin López, soldado español que hacía de ingeniero en el ejército de Cortés, y se echó al agua para prueba, en el rio de Zahuapan. Por aquel modelo hicieron los Tlaxcaltecas los otros doce. Hizose la conduccion con el mayor aparato y júbilo de los Tlaxcaltecas, pareciéndoles ligera aquella carga que debía contribuir á la ruina de sus enemigos. Ocho mil Tlaxcaltecas llevaban á hombro la madera, las velas y todos los demás objetos necesarios á la construccion; dos mil llevaban los víveres, y treinta mil marchaban armados para la defensa del convoy, mandados por tres caudillos principales, que eran Chichimecatl, ó sea Chichimeca-teuctli,<sup>1</sup> Ayotecatl y Teotepil, ó Teotlypil. Este acompañamiento ocupaba, segun Bernal Diaz, una extension de más de seis millas. Cuando salieron de Tlaxcala mandaba la vanguardia Chichimecatl; mas al poner el pié fuera de los confines de la república, Sandoval lo puso á retaguardia, porque temía alguna sorpresa de los enemigos. Esta disposicion ocasionó un grave disgusto á los Tlaxcaltecas, pues se jactaban de valientes, y decían que en todas las acciones en que hasta entónces se habian hallado, habian ocupado, á ejemplo de sus mayores, el puesto más peligroso; de modo que Sandoval tuvo que emplear razones y ruegos para contentarlos. Cortés, vestido de brillantes galas, y acompañado de todos sus oficiales, salió á recibir el convoy, y abrazó y dió gracias á los señores tlaxcaltecas por sus buenos oficios. Su entrada en Texcoco, que se hizo con el mejor orden, duró tres horas. Las tropas de una y otra nacion gritaban *Castilla, Castilla, Tlaxcala, Tlaxcala*, en medio del estrépito de la música militar.

#### EXPEDICIONES CONTRA LAS CIUDADES DE XALTOCAN Y TLACOPAN.

Apenas llegó Chichimecatl, cuando sin descansar del viaje rogó á Cortés que lo emplease á él y á su tropa en alguna expedicion contra los enemigos. Cortés, que solo aguardaba la llegada de las tropas auxiliares de Tlaxcala para ejecutar un designio que desde largo tiempo meditaba, dejando en Texcoco una buena guarnicion, y dadas las órdenes oportunas acerca de la obra de los bergantines, se puso en marcha al principio de la primavera de 1521, con veinti-

<sup>1</sup> Este Chichimecatl, que hace tanto papel en nuestra historia, no parece que fuese el padre, que ya era muy viejo, sino el hijo que tenia el mismo nombre, y que en la guerra de españoles y Tlaxcaltecas tuvo el grave disgusto de que he hablado. *Ayotecatl* es llamado así por Torquemada en la Historia; pero en el índice lo llama *Ayutecatli*. Al otro jefe da en la Historia el nombre de *Teotepil*, y en el índice el de *Teotlypil*. Yo sospecho que aquel noble Tlaxcalteca fuese Ayotecatl, padre inhumano, que en odio de la fé cristiana mató despues á dos hijos suyos. Cortés llama á estos jefes *Tuteatl* y *Teupill*.

ticinco caballos, seis pequeños cañones, trescientos cincuenta infantes españoles, treinta mil Tlaxcaltecas, y una parte de la nobleza texcocana; y porque temía que los Texcocanos, de quienes no se fiaba, diesen aviso secreto á los enemigos y trastornasen sus proyectos, salió de aquella ciudad sin descubrir á nadie el término de su viaje. Caminó el ejército doce millas hácia el Norte, y pasó la primera noche á descubierto. El día siguiente se dirigió á Xaltocan, ciudad fuerte, situada en medio de un pequeño lago, con una calzada que á ella conducía, y que, como México, estaba cortada con fosos. La infantería española, sostenida por un buen número de aliados, los pasó entre una densa lluvia de dardos y flechas que hirieron á muchos; mas no pudiendo los habitantes sufrir los estragos que en ellos hacían las armas españolas, abandonaron la ciudad y huyeron. Los vencedores saquearon las casas y quemaron algunas.

Terminada esta expedición, se encaminó el ejército á Cuauhtitlan, grande y hermosa ciudad, como Cortés la llama, con razon; pero la hallaron despoblada, pues los habitantes, amedrentados con lo que habían oído de Xaltocan, procuraron ponerse en seguro.

De allí pasaron á Tenayocan y á Azcapozalco, donde no hicieron daño por no haber hallado resistencia. Finalmente, llegaron á la corte de Tlacopan, término que se había propuesto Cortés, con el objeto de negociar algun convenio con México, y si no lo lograba, para proporcionarse algunas noticias sobre los designios que allí se trazaban. Los habitantes se manifestaron dispuestos á oponerse á los invasores. Atacaron, en efecto, con su acostumbrado ímpetu, á los españoles y pelearon valerosamente largo rato; mas al fin, no pudiendo resistir los estragos de las armas de fuego ni el impulso de los caballos, se retiraron á la ciudad. Los españoles, por ser ya entrada la noche, se alojaron en una gran casa de los arrabales. Al día siguiente, los Tlaxcaltecas pegaron fuego á una parte de la población, y en los seis días que permanecieron allí los españoles, tuvieron continuos encuentros y hubo algunos duelos famosos entre Tlaxcaltecas y Tlacopanenses. Unos y otros combatieron con extraordinario valor, y desfogaron en oprobios el odio que mutuamente se profesaban. Los Tlacopanenses llamaban á los Tlaxcaltecas damas de los españoles, sin cuya protección nunca se hubieran atrevido á llegar hasta los muros de aquella ciudad. Los Tlaxcaltecas respondían que á los Mexicanos y á todos sus partidarios se debía más bien el título de mujeres, pues siendo tan superiores en número á ellos, no habían podido dominarlos en ningún tiempo. También prodigaron los enemigos insultos y denuestos á los españoles, convidándolos, por burla, á entrar en México, para mandar allí como señores y gozar de todos los placeres de la vida. "¿Te parece, cristiano, decían á Cortés, que irán ahora las cosas como ántes? ¿Piensas que reina en México un Moteuczoma, sacrificado á tus caprichos? Entra en la corte y serás en breve inmolado, con todos los tuyos, á los dioses." En las acciones que sostuvieron aquellos días los españoles, entraron en aquel fatal camino y se acercaron á los memorables fosos en que habían sufrido tan sangrienta derrota. Hallaron en ellos una terrible resistencia y todos estuvieron próximos á perecer, porque empeñados en perseguir á unas tropas mexicanas que habían salido á insultarlos para atraerlos al peligro, se hallaron de pronto atacados de una y otra parte del camino por tan gran número de contrarios, que no pudieron retirarse sin suma dificultad, combatiendo furiosamente hasta llegar á tierra firme. En este conflicto tuvieron cinco españoles muertos y muchos heridos. Cortés, disgustado del mal éxito de su expedición, volvió con su ejército por el mismo camino, á Texcoco, recibiendo en la marcha nuevos in-

sultos de los enemigos, que atribuían su retirada á cobardía y desaliento. <sup>1</sup> Los Tlaxcaltecas que acompañaron á los españoles, habiendo tomado muchos y ricos despojos, pidieron permiso á Cortés de llevarlos á su país, y él lo concedió sin dificultad. <sup>2</sup>

#### EXPEDICION DE SANDOVAL CONTRA HUAXTEPEC Y YACAPICHTLA.

Sandoval, que durante la ausencia de Cortés había quedado mandando en Texcoco, salió de allí dos días despues de la llegada de aquel general, con veinte caballos, trescientos infantes españoles y un gran número de aliados, para socorrer á los Chalqueses, que temían un gran ataque de los Mexicanos; pero habiendo hallado en Chalco muchas tropas de Huexotzinco y de Chauquechollan, que habían ido allí con el mismo objeto, y sabiendo que el mayor peligro estaba en la guarnición mexicana de Huaxtepec, se dirigió á este pueblo, situado en los montes quince millas á Mediodía de Chalco. En su marcha fué atacado por dos gruesos cuerpos enemigos; pero los derrotó sin gran esfuerzo, lo que se debió en gran parte al inmenso número de aliados que llevaba consigo. Entraron los españoles en Huaxtepec y se alojaron en unas casas grandes, para descansar y curar los heridos; pero inmediatamente fueron atacados de nuevo por los Mexicanos, á quienes rechazaron y persiguieron por más de tres millas, dejándolos totalmente derrotados. Volvieron al pueblo y descansaron dos días. Era entonces Huaxtepec ciudad célebre, no ménos por sus excelentes manufacturas de algodón, que por su hermoso jardín, de que ya he hablado.

Sandoval envió desde allí mensajeros á ofrecer la paz á los habitantes de Yacapichtla, lugar fortísimo, á seis millas de distancia de Huaxtepec, situado en la cima de un monte casi inaccesible á la caballería, y defendido por una numerosa guarnición mexicana; pero habiendo sido rechazadas sus proposiciones, marchó hácia aquella ciudad, con intención de dar un golpe que castigase su orgullo y libertase para siempre á los Chalqueses del mal que por aquella parte podían temer. Los Tlaxcaltecas y los otros aliados se amedrentaron á vista de tanto peligro; pero Sandoval, animado por el heróico valor que lucía en todas sus acciones, se resolvió á vencer ó morir. Empezó á subir con su infantería, superando al mismo tiempo la aspereza del monte y el gran número de enemigos que lo defendían con flechas, dardos, guijarros y aun con piedras

<sup>1</sup> Solís, queriendo desmentir á Bernal Diaz, dice: "Por más que diga nuestro historiador de esta expedición, fué tan importante al fin principal, que apenas regresado Cortés á Texcoco, vinieron suplicantes á prestarle obediencia los caciques de Tucapan, Mascalzingo, Auhtlan (así llama á Tizapan, Mexicaltzinco y Nauhltlan) y otros pueblos de la orilla septentrional; lo que da á conocer que los españoles volvieron con reputación, etc." Pero dejando aparte la expresión ambigua *orilla septentrional*, que algunos lectores aplicarán quizás á la orilla del lago, debiendo entenderse de la del mar, y el error que comete en decir que vinieron los señores de aquellos Estados, cuando consta por el mismo Cortés que enviaron sus embajadores, lo cierto es que no pudieron decidirse á enviar esta embajada, de resultados de lo ocurrido en Tlacopan, porque los embajadores llegaron á Texcoco cuatro días despues de la expedición, y sus ciudades distaban de aquella corte más de 200 millas.

<sup>2</sup> Herrera y Torquemada dicen que Cortés mandó despojar violentamente á los Tlaxcaltecas de las alhajas de oro con que se adornaron despues de la expedición de Tlacopan, y que ellos se resentieron tanto de este agravio, que en dos días desertaron más de veinte mil. Si esto fuera cierto, Cortés hubiera sido el más insensato de los hombres, y la misma avaricia que hizo perecer tantos españoles en su retirada de México, hubiera frustrado la gran empresa de la conquista; mas la noticia de aquellos historiadores está en contradicción con lo que refieren Cortés, Bernal Diaz y Gomara, que cuentan el hecho como se halla en el texto de mi Historia.

desmesuradas, las cuales, aunque se rompían al chocar con las rocas interpuestas, herían con sus fragmentos á los españoles; pero nada fué capaz de contener su ímpetu. Entraron en la ciudad bañados de sangre y de sudor, y seguidos por sus aliados. El cansancio y las heridas inflamaron de tal modo su cólera, y con tanta furia se abalanzaron á sus enemigos, que muchos de ellos, huyendo de las espadas, se precipitaron por los tajos del monte. Tanta fué la sangre derramada, que tiñó un arroyo que por allí corría, en términos que en más de una hora no pudieron hacer uso de sus aguas los vencedores, para apagar la gran sed que los aquejaba. <sup>1</sup> "Fué ésta, dice Cortés, una de las más señaladas victorias, en la cual los españoles dieron las mayores pruebas de su valor y de su constancia." La jornada costó la vida á Gonzalo Dominguez, uno de los más valientes soldados de Cortés, cuya pérdida fué muy sensible á todo el ejército.

Irritados los Mexicanos con el estrago de Yacapichtla, armaron prontamente veinte mil hombres y los enviaron en dos mil barcas contra Chalco. Los Chalqueses imploraron, como otras veces, el socorro de los españoles, y sus mensajeros llegaron cuando volvía de Yacapichtla Sandoval con sus tropas, cansado, mal parado y herido. Cortés, atribuyendo, con demasiada ligereza, las repetidas hostilidades de los Mexicanos contra Chalco, á descuido de aquel inapreciable caudillo, sin querer informarse de su conducta, ni oírlo, ni permitirle un momento de reposo, lo mandó ponerse en marcha, con los soldados más capaces de seguirlo, para sostener aquellos aliados. Mucho sintió Sandoval esta ofensa que el general le hacía, cuando esperaba recibir de él los elogios á que era acreedor; pero fué tanta su prudencia en disimular su pesar, y tan pronta su obediencia cuanto había sido su arrojo en la expedición última. Partió sin tardanza á Chalco, y cuando llegó, ya estaba concluida la batalla, de la que salieron victoriosos los Chalqueses, con los auxilios de sus nuevos aliados los Huexotzingos y los Cuauhquecholeses; y si bien tuvieron una pérdida considerable, en cambio mataron muchos enemigos y cogieron cuarenta prisioneros, entre ellos un general y dos personajes de la primera nobleza, los cuales fueron entregados por los Chalqueses á Sandoval, y por éste á Cortés. Este conoció su error, y bien informado de la irreprochable conducta de Sandoval, procuró aplacar su justo resentimiento con singulares demostraciones de estimación y honor.

#### NEGOCIACION INFRUCTUOSA DE CORTÉS CON LOS MEXICANOS.

Queriendo, en fin, hacer algun convenio con los Mexicanos, tanto para evitar las fatigas y los males de la guerra, como para apoderarse de su hermosa ciudad sin arruinarla, resolvió enviar á ella aquellos dos personajes prisioneros, con una carta al rey Cuauhtemotzin, la cual, aunque no podía ser entendida en aquella corte, servía de credenciales y de señal auténtica de la embajada.

<sup>1</sup> Bernal Diaz se burla de Gomara por esta narracion de las aguas teñidas de sangre, y añade que no necesitaban beber de aquella, habiendo allí muchos manantiales; pero si éstos se hallaban en el campo de batalla, es probable que tambien quedasen teñidas de sangre, y si distaban de aquel punto, no estaban los españoles en estado de ir á buscarlas. Bernal Diaz no se halló en aquella expedición, y yo doy más crédito á la relacion de Cortés. "Fué tan grande, dice, la matanza que nuestros españoles hicieron en los enemigos, y tales los estragos que éstos se hicieron entre sí, que todos los presentes afirman que un arroyo que circundaba casi todo aquel sitio, quedó teñido de sangre por más de una hora, de modo que no pudieron beber de sus aguas."

Expuso su contenido á los mensajeros y les encargó manifestasen á su soberano, que él no aspiraba á otro objeto, sino á que el rey de España fuese reconocido señor de aquella tierra, ya que así lo había resuelto la nobleza en la respetable asamblea que se reunió en presencia de Moteuczoma; que se acordase del homenaje que entónces tributaron todos los señores mexicanos al gran monarca de Oriente; que deseaba establecer con México una paz duradera y una eterna alianza; que no había emprendido aquella guerra sino obligado por sus hostilidades; que le pesaba tener que derramar tanta sangre mexicana y destruir ciudades tan grandes y hermosas; que ellos mismos eran testigos del valor de los españoles, de la superioridad de sus armas, de la muchedumbre de sus aliados y de la felicidad de sus empresas; en fin, que reflexionase bien en lo que hacía y no lo obligase con su obstinación á continuar una guerra que terminaría con la ruina total de la corte y del imperio.

El fruto de esta embajada se conoció muy en breve en los lamentos de los Chalqueses, los cuales, informados de las grandes fuerzas que contra ellos se apercebían, vinieron á implorar el socorro de los españoles, presentando á Cortés, pintadas en una tela, las ciudades que se armaban contra Chalco y el camino que tomaban sus tropas. En tanto que Cortés disponía las suyas para aquella expedición, llegaron á Texcoco los mensajeros de Tizapan, Mexicaltzingo y Nauhtlan, ciudades de la costa del seno Mexicano, situadas más allá de la colonia de Veracruz, á prestar obediencia, en nombre de sus señores, al rey de España.

#### MARCHA DEL EJÉRCITO ESPAÑOL POR LOS MONTES MERIDIONALES.

En 5 de abril salió Cortés de Texcoco, con treinta caballos, trescientos peones españoles y veinte mil aliados, dejando á Sandoval el mando de aquella plaza y el cuidado de los bergantines. Marchó en derechura á Tlalmanalco, y de allí á Chimalhuacan, <sup>1</sup> donde se engrosó su ejército con más de veinte mil hombres, <sup>2</sup> que, ó por vengarse de los Mexicanos, ó por interes del botín, ó como yo creo, por uno y por otro, venían de diferentes puntos á servir en aquella guerra. Siguiendo despues, como es de creerse, el camino representado por los Chalqueses en sus pinturas, se dirigieron por los montes del Mediodía hácia Huaxtepec, y vieron cerca del camino una elevación muy escabrosa, cuya cima estaba ocupada por mujeres y niños, y las faldas por un gran número de guerreros, que confiando en la fuerza natural del sitio, se burlaban con gritos y silbidos de los españoles. Cortés, no pudiendo sobrellevar aquella mofa, mandó atacar por tres partes el monte; pero apenas habían empezado á subir con gran trabajo, entre una tempestad de dardos y piedras, dió orden de que se retirasen, pues además de ver que la empresa era temeraria, y más difícil que útil, se dejó ver otro ejército de enemigos que marchaba por aquella parte, con intento de atacar por la espalda al ejército aliado, cuando más empeñado estuviese en la acción. Cortés les salió al encuentro con sus tropas

<sup>1</sup> Había, y hay ahora, dos pueblos de aquel nombre: el uno, á orillas del lago de Texcoco, al principio de la península de Iztapalapan, y llamado simplemente *Chimalhuacan*; el otro, en los montes al Mediodía del valle, y se llama *Chimalhuacan-Chalco*. Se trata de este último.

<sup>2</sup> Cortés dice que en Chimalhuacan se le agregaron 40,000 hombres, y Bernal Diaz dice que eran más de 20,000; mas éste habla de los recién llegados, y aquel de la suma total de aliados, incluso los Tlaxcaltecas que sacó de Texcoco y los que se reunieron en Chimalhuacan.